

SUDANDO LA GOTA GORDA

Como vive relativamente cerca, todos los domingos sale a trotar por el Parque Nacional regresándose por la Perseverancia, que es un barrio de origen obrero. Se va caminando por la carrera quinta hasta encontrar la calle que se interna en la parte alta del parque, a la cual se accede subiendo por una cuesta inicialmente un poco inclinada, pero que gradualmente se va nivelando. Está pavimentada y además, tiene muy poco tráfico. A diferencia de la parte plana del parque, prácticamente no se ven grupos: ni karatecas entrenando artes marciales, ni boy scouts, ni señoras haciendo Pilates, ni grupos de oración fuerte al Espíritu Santo, lo cual genera un ambiente parecido a un mercado Persa. Es, entonces, un trayecto bastante solitario aunque nunca se ha sabido de atracos. Únicamente al final del trayecto aparecen los de la Defensa Civil, con sus uniformes naranjas, haciendo piruetas sobre uno de los puentes que existen, con la esperanza que algún día puedan demostrar su solidaridad.

Desde el principio se comienzan a ver unos eucaliptos centenarios que por tener sus raíces superficiales, ya se sabe que en cualquier momento se pueden caer. En el recorrido siempre se encuentran por lo menos media docena de personas que pasan trotando, unos subiendo y otros bajando. Casi al final de la vía se pasa sobre el Rio Arzobispo, que allí no es más que una quebrada inofensiva. De todos modos se alcanza a oír el rumor del agua, lo que sumado a la silueta de los árboles, crea el

entorno de un modesto bosque. Lo más cercano al Central Park de Nueva York que existe en el centro de Bogotá. El respira aire puro, oye alguno que otro pájaro, despeja la mente y hace ejercicio, que es lo que más le preocupa porque durante toda la semana está sentado en un escritorio.

El regreso lo hace por la Perseverancia, que es un barrio construido para los obreros de la fábrica de cerveza Bavaria, de Leo Koop, a principios del siglo XX. El barrio originario lo conforman casas angostas pero de tres pisos, entre metidas por callejuelas estrechas en las que a duras penas cabe un carro. Pero en la parte de arriba, muy cerca de la Avenida Circunvalar, no se sabe bien por qué, la mayoría de las casas se han ido convirtiendo en inquilinatos.

Eran cerca de las diez (10) de la mañana y se animó a desviarse de la calle principal porque así acortaba camino y porque estaba llena de gente: familias, sobre todo niños que jugaban fútbol en la calle.

Estaban acompañados por sus madres que se asoleaban porque a sus cuartos, que es donde vive una familia dentro de un inquilinato, llega muy poco sol. Las mujeres hablaban entre sí creando un aire de algarabía y fiesta. También se veían jóvenes adolescentes de ambos sexos.

Iba en pantaloneta; lo único llamativo que llevaba era un reloj que le había regalado su hermano gemelo, con más valor sentimental que

monetario. Caminaba a paso ligero, sin llegar a trotar, porque ya estaba cansado. De golpe oyó que dos jóvenes como de 25 años se acercaban hablando entre ellos en voz alta. Volteó la cabeza para observarlos pero no notó nada sospechoso. Y siguió su curso. De golpe los sintió encima: uno por delante y otro por detrás. El de atrás lo había agarrado por el cuello poniéndole un cuchillo de zapatero (cortísimo y afilado únicamente por un solo lado) justo en la yugular. El de adelante le puso un cuchillo de carnicero (largo y filudo por los dos bornes) en la boca del estómago." Hijueputa, denos todo lo que tiene", le gritaron casi escupiéndolo a la cara. Se quitó, entonces, el reloj y pensando que el botín podría parecerles poco, ganándose una puñalada, sacó el billete de \$5.000 que llevaba entre las medias para comprar agua y se los entregó. ¿"Qué más tiene, malparido"? En ese momento se enmudeció y no pudo contestar nada. Entonces, el que estaba al frente le esculcó los bolsillos: "está limpio", le dijo a su compañero. "Quítese los zapatos", lo que le pareció humillante, entre otras cosas porque la calle estaba empedrada pero que obedeció inmediatamente. Ahí cayó en cuenta que los tenis estaban desgastados pero eran de marca. "Siga caminando despacito y sin mirar para atrás", le dijeron. Y así lo hizo por cerca de una cuadra cuando se animó a detenerse y respirar profundo. Tenía taquicardia, le sangraban las plantas de los pies porque seguramente había pisado vidrios sin darse cuenta y le temblaban las

piernas; sintió que estaba a punto de desmayarse. Nunca se atrevió a mirar para atrás.

Cuando llegó a su apartamento lo único que pensó fue en conseguir un revólver y darles plomo. Pero seguramente no los encontraría pues no eran novatos y se perderían por un rato. Entonces, el plomo iría para los observadores, que presenciaron la hazaña de los que son sus parientes o sus amigos. Y continuó maquinando mentalmente múltiples venganzas: contratar un sicario, poner una bomba al barrio entero.

Pero a medida que se iba calmando recordaba a Enrique, que le construyó un mueblecito para la cocina y le ayudó a conseguir a Eduardo, para que le tapizara el sofá; a Ángel, el cerrajero que una vez le abrió la puerta del apartamento a las 10 de la noche; a María, la modista que le coge los dobladillos a la ropa de su mujer y que cobra tan barato que siempre hay que decirle que cobre más; a Alfonso, que le había colocado las rejas a las ventanas, precisamente para evitar que se entren los ladrones; a Teresa, que le vende las flores para su florero de la esquina de la sala en la Plaza de Mercado de la Perseverancia; a Juan, que le pone la suelas a sus zapatos; a Ramón, que le arregla las goteras; a Raúl y Jorge, que cuidan los carros parqueados en las calles frente a su edificio.

Y todos ellos viven en diferentes lugares de la Perseverancia.

No podía evitar que sus imágenes se entremezclaran con la angustia del atraco.